

E. BONS – D. SCIALABBA – D. CANDIDO (eds.), *La Septuaginta. ¿Por qué resulta actual la Biblia griega?*, Verbo Divino, Estella 2017, 129 pp. ISBN 978-84-9073-380-6.

El libro es fruto del congreso internacional *La lexicografía de los Setenta y los papiros*, organizado en conjunto por el Instituto Superior de Ciencias Religiosas San Metodio de Siracusa, Italia, y por la Facultad de Teología Católica de la Universidad de Estrasburgo, Francia, y realizado en San Metodio del 29 de julio al 3 de junio de 2015. De este congreso se recogieron cinco conferencias, tres introductorias y dos estudios de profundización, que conforman los cinco capítulos del libro: 1. La traducción griega de la Biblia en la actualidad (Eberhard Bons); 2. La crítica textual del Antiguo Testamento: identidad, ediciones, casos (Dionisio Candido); 3. La primera traducción escrita de la “enseñanza” de Moisés: desde Egipto a las gentes. Un destino vinculado a los papiros (Anna Passoni Dell’Acqua); 4. Las palabras del “buen ladrón” en Lc 23,41 a la luz de su trasfondo papiroológico (Daniela Scialabba); 5. La *φιλανθρωπία* ptolemaica: investigación a la luz de la literatura griega y de los papiros.

En el primer capítulo (pp. 15-33), Eberhard Bons aborda el tema de la Biblia griega en la actualidad desde tres perspectivas: la necesidad de una nueva valoración de los LXX, las líneas teológicas y las perspectivas teológicas. En la primera, hace un breve recorrido histórico, que empieza con Jerónimo y la importancia que le da a la *hebraica veritas*, mencionando algo que pudiese resultar sorprendente, a saber, que Jerónimo no rechazó del todo los LXX: “No solo en sus comentarios remite continuamente al texto bíblico griego, que interpreta, sino que los LXX tienen para él un puesto intocable en la liturgia” (p. 18). Luego pasa al debate bíblico que se da a partir del s. XV, por tanto, bastante antes del comienzo de la Reforma, suscitado por la necesidad de nuevas traducciones, puesto que la versión utilizada en latín, la Vulgata, había sufrido alteraciones, y por las conocidas decisiones de la Reforma por el texto hebreo y de la Contrarreforma por el texto latino. Todo esto desemboca en la nueva valoración de los LXX que

se está teniendo debido a, fundamentalmente, las siguientes razones: 1) el descubrimiento de los textos de Qumrán, dado que muchos de los pasajes bíblicos se parecen más a los LXX que al Texto Masorético (TM); 2) a que los LXX no se considera tanto una traducción cuanto una interpretación del Vorlage hebreo utilizado a partir de una teología propia; y 3) a la importancia que tuvieron los escritos de los LXX “para los autores del Nuevo Testamento,... la denominada ‘literatura intertestamentaria’, para Filón de Alejandría y Flavio Josefo, y, posteriormente, para los Padre de la Iglesia griegos” (pp. 22-23).

Hace también un recorrido por sus líneas teológicas colocando ejemplos sobre el lenguaje antropomórfico sobre Dios, el uso de los términos “Dios” y “dioses”, y los títulos divinos para mostrar si y en qué medida los LXX introduce nuevos términos o acentos de contenido ajenos al texto hebreo. Termina destacando unas perspectivas teológico-bíblicas que surgen del estudio de la Biblia griega.

Dionisio Candido, en el segundo capítulo (pp. 35-59), realiza algo muy necesario: explicar a los no especialistas en qué consiste la crítica textual. Esto lo hace en tres pasos: 1º explica qué es la crítica textual; 2º indica las ediciones científicas más importantes para el estudio del Antiguo Testamento; y 3º presenta tres ejemplos considerados emblemáticos. Interesante el giro que muestra en el objetivo de esta crítica: “el crítico textual se fija hoy como objetivo, con realismo y humildad, no tanto llegar a los textos originales, sino averiguar en los manuscritos disponibles los textos más fidedignos y más significativos para las diversas comunidades de fe” (p. 37). Relevante también el hecho de que esta materia es tanto ciencia como arte, pues requiere conocimiento y criterio para aplicarlo (pp. 39-42).

Es necesario hacer algunas observaciones. En la p. 43 se dice que los manuscritos del Mar Muerto fueron descubiertos en el siglo XIX, cuando en realidad fue en el siglo XX, más precisamente entre 1947 y 1956, esto puede deberse a un simple error de escritura, pues, unas líneas más adelante se dice que en Qumrán se encontraron documentos a partir de 1947. En la p. 47 aparece que los libros llamados “deuterocanónicos” fueron escritos directamente en griego y nombra 1-2 Mac, Jdt, Tob, Sir, Sab; sin embargo, varios de ellos fueron escritos originalmente en hebreo, se perdieron y fueron transmitidos en griego, como 1 Macabeos, Judit y Tobías. El Sirácida, en el así llamado “prólogo del traductor” (vv. 1-34),

indica que fue escrito en hebreo por su abuelo Jesús y que él (el nieto) lo tradujo el año treinta y ocho del Rey Evergetes cuando llegó a Egipto (v. 27). Por tanto, directamente en griego habrían sido escritos 2 Macabeos y Sabiduría. Hay también algunos errores ortográficos o de escritura. En la p. 46 nota 21 dice “en el este libro”; en las pp. 49 y 54 dice “a parte” cuando la expresión correcta es “aparte”; y en la pp. 56 dice “cuerpos” en vez de “cuernos”.

Anna Passoni Dell’Acqua, en el tercer capítulo (pp. 61-91), presenta el contexto cultural en el que surgió la traducción de los LXX y cómo influyó en ella, el de la Alejandría ptolemaica, en el que convergían principalmente tres grupos humanos: los egipcios, los griegos y los judíos. La autora muestra lo que esta empresa implica: “hacer pasar una obra y su mensaje de concepción semítica, a un contexto de cultura griega, por consiguiente, de matriz indoeuropea” (p. 70). Se trata, por tanto, de un proceso de transculturación en el que se pretende “presentar al Dios de Israel... de un modo comprensible para los grecohablantes, para la nueva comunidad internacional, que se extendía desde África septentrional hasta la India” (p. 70); proceso que va más allá de la traducción, pues, a partir de ella, se desarrolla toda una literatura judía en lengua griega que atribuye a los personajes bíblicos las características de figuras importantes de las ciudades griegas.

En referencia al influjo de la cultura alejandrina en los LXX, por una parte, coloca unos ejemplos muy esclarecedores de la influencia de léxicos técnicos ptolemaicos en las elecciones de términos utilizados por los traductores para su trabajo y, por otra, hace referencia a las influencias de la cultura egipcia en la Alejandría ptolemaica.

Detecté un par de pequeños errores: en la p. 87 dice “pleno derechos”, donde un término va en singular y el siguiente en plural; y en la p. 88 donde en la transcripción hebrea de *gome’* los caracteres hebreos fueron puestos como en español, es decir, de izquierda a derecha en vez de derecha a izquierda como se escribe en hebreo.

En el cuarto capítulo (pp. 93-103), Daniela Scialabba busca esclarecer y precisar el sentido de las palabras del “buen ladrón” en Lc 23,41, analizando específicamente el término ἄτοπος, un hápax en los evangelios, para lo que recurre a su uso en la literatura griega clásica, en los LXX y en los papiros de la época ptolemaica.

Los errores encontrados son los siguientes: en la p. 96 dice “extraños mejunje de alegría y dolor”, debería decir “extraño mejunje”. En la p. 98 aparece σπεί, ροντες separado, pero es una sola palabra, tal como aparece correctamente escrita en la p. 101. Y en la p. 99 dice “disposición” en vez de “disposición”.

Antonella Bellantuono, en el capítulo quinto (pp. 105-126), expone un ejemplo de las innovaciones lingüísticas de los LXX en relación a los atributos divinos, analizando el término φιλανθρωπία y sus sentidos en las fuentes literarias griegas, en los papiros e inscripciones de la época helenística y, finalmente, determinando el sentido con que aparece en los LXX, estableciendo las similitudes y diferencias con las otras fuentes.

Hay también algunos errores formales: aparece φιλανθρωπία con ómicron en vez de omega (p. 110); “concecidos” en vez de “concedidos” (p. 113); se repite el abre paréntesis (p. 116); “residr” en vez de “residir” (p. 119); “bajos los lágidas” (p. 124). En la p. 120 hay un error más importante, pues aparece la cita Ex 43,5-7 que no corresponde porque el libro tiene sólo 40 capítulos; la cita correcta es Ex 34,5-7.

Este libro me parece recomendable por varias razones. El tema es de gran interés por la importancia que ha adquirido la versión de los LXX en los estudios bíblicos. Recoge algunos de los trabajos presentados en un congreso internacional sobre la materia realizado en 2015, es decir, es fruto de investigación relativamente reciente. Las contribuciones están bien equilibradas en cuanto que hay tres introductorias fundamentales y dos específicas o de profundización. Prueba de lo anterior es el éxito de esta obra, que requirió de una segunda edición cuando no se cumplía ni un año de la publicación de la primera.

Arturo Bravo Retamal

Instituto de Teología
Universidad Católica de la Santísima Concepción
Concepción, Chile
Correo electrónico: abravor@ucsc.cl